

📌 Diez años de la Universidad Popular Madres de Plaza de Mayo

"Es el camino para la increíble revolución que soñaron nuestros hijos"

📌 Texto y fotos Jesús Martínez

Alejandro es un niño con el hambre de las letras de Dostoievski. Larga con la rapidez con la que se zampa una media luna de manteca, que moja en un cortado chico. Se llena la boca de grandes conceptos que algún día desfallecieron después de prender en los descamisados (compañero, colectividad, conciencia de clase...) y camina por encima de las aguas con el mensaje de sus líderes gloriosos. Arranca las palabras de las hojas para embeberse de causas justas. Alejandro Beade de Armas es un porteño de 23 años que, sin poder remediarlo, lee *Hugo Chávez: del nacionalismo revolucionario al socialismo*. Estudia en la Universidad Popular Madres de Plaza de Mayo (www.madres.org).

Alejandro nació en Montevideo. A los 17 años se fue a trabajar a España con las ansias de ganar la plata que le faltaba y de conseguir la experiencia que dan las frustraciones y las derrotas. Sirvió copas de pacharán, rompió platos de porcelana esmaltada y escanciò rijoas barnizadas de buenas cosechas en A Coruña, Barcelona y Tenerife. En la Universidad de Santiago de Compostela comenzó a estudiar Ciencias Políticas. Se lo debe a Chávez, a quien le ha dedicado un altar con un crucifijo de alpaca en algún rincón de su memoria. "Gracias a él, me interesé por lo que le pasaba a la gente de la calle."

De vuelta a casa, y como el gusanillo de la lucha obrera le había picado, se acercó a la Universidad de las Madres: "Mi familia ya conocía a las Madres, siempre las habíamos escuchado, las habíamos visto en la Plaza de Mayo dando vueltas alrededor del monumento de la Pirámide".

Alejandro se encontró con un millón de promesas amartilladas, una valija de derechos pisoteados que pugnaban por alzarse y una dignidad de rostros incólumes y gramófonos de edades indiferentes que pedían para los demás lo que ninguno pedía para sí: "La esperanza de todos".

Brazalete del Che, olor a cannabis y collar de hippy

"Los martes hago la Cátedra Che Guevara, una clase en la que se interpreta el pensamiento del Che y se estudia su análisis teórico marxista", dice mientras repasa sus asignaturas en la agenda amagada en su cerebro, con tanto empeño que cierra los ojos para recordar los bronceos dorados de los pesos devaluados. El brazalete del Che, sobre una bandera con los colores de Etiopía y el olor a cannabis de Jamaica, y un collar de hippy del festival de Woodstock le relacionan descaradamente con Joseph Proudhon, Mario Benedetti y Patti Smith.



Las Madres de Hebe de Bonafini en la plaza de Mayo de la capital argentina, con la Casa Rosada al fondo.

"Acá no viene nadie que no tenga un interés previo por la política. Durante muchos años yo he creído que la democracia era un instrumento burgués y que, pacíficamente, nunca se podría cambiar la sociedad. Sólo la lucha armada podría dar un vuelco profundo, pensaba. Pero cuando entró en acción Hugo Chávez, en Venezuela, me di cuenta de que la democracia, quizá, funciona. Me puse a estudiar como un loco. En la Universidad de Santiago de Compostela te educan para que vos respetes el sistema, acá me educan para que cuestione el sistema. Esa es la diferencia. En esta Universidad me he hecho cristiano, peronista y bolivariano."

En resumen, Alejandro es más chavista que Chávez. La Universidad Popular de las Madres le ha dado la oportunidad de vomitar su malestar y de recoger los desperdicios para montar algo que se parezca a un nuevo mundo o a un mundo nuevo, la misma inquietud humana de Espartaco, Tito y el Rafael Alberti de *La arboleda perdida*. "Yo, en lugar de militar en un partido político, milito en las Madres."

Alejandro Beade escucha cinco horas diarias de radio. Siempre el dial que reproduce los discursos de Chávez, su icono, a quien venera como si fuera el escudo con el grabado de la imagen de Nuestra Señora de Czesto-Chowa o *El jinete a caballo* de Mariano Marini. En el AM 530, los sábados, de 9 a 10 de la mañana, sintoniza "La voz de las Madres", la radio

de las Madres. Su música, su bandoneón, el lindo baile del candombe.

Biblioteca del inconformismo

En la biblioteca de la Universidad de las Madres, en Hipólito Yrigoyen, 1584, le advierten de que baje el volumen. La Biblioteca Popular Julio Huasi ocupa cinco plazas de garaje. Julio fue un poeta que se suicidó, y sus versos afilados y estrambóticos se han colgado para evitar que se marchiten: "Libertad querida, ¿quién te conoce?". En sus paredes el yeso es inexistente, porque los libros invaden baldas, repisas y lámparas. La mirada del Che, de la fotografía estroboscópica de Korda, sustituye a los ojos de la Monna Lisa. Las secciones de la biblio despiertan el interés de los votos en blanco: Terrorismo de Estado al lado de Mujeres, y Mujeres al lado de Teología de la Liberación, en el mismo estante de Educación Popular, que almacena los Cuadernos para Pensar y Actuar. Cuadros con carteles, bocetos y sentencias le otorgan colorido: "El hambre es un crimen" y "Movimiento de los Sin Tierra", debajo de un busto del Che con una señal rubricada de rojo de "Stop Bush", encima de un sofá chéster de cuero de vaca desmelenado.

Jorge Salas es el bibliotecario desde hace dos años. Nacido en la Ciudad de la Santísima Trinidad y Puerto de Nuestra Señora de los Buenos Aires, en 1959, ha descubierto con sorpresa que los movimientos

sociales y el activismo político son dos materias que la juventud consulta y demanda. "Acá se estudia de manera diferente. Acá, por ejemplo, la abogacía se estudia poniendo el énfasis en las minorías", comenta, cansado de los derrotistas que quieren empezar la casa por el tejado. "Es la educación la base." A Jorge le gustaría crear el archivo de los 30.000 *desaparecidos*: "El que hay es insuficiente y está disperso". El sueldo que recibe, y el de las otras seis personas que trabajan junto a él, procede de las subvenciones estatales. La matrícula de una carrera de tres años cuesta 15 euros mensuales, "una cuota solidaria". Y no se exigen requisitos de ingreso.

En la videoteca de las Madres se pueden alquilar, gratis, las películas *Comandante*, de Oliver Stone, sobre Fidel Castro, y *La batalla de Chile*, de Patricio Guzmán, sobre Salvador Allende.

Cuatro menos cuarto. Alejandro pone el punto de libro en el discurso de Chávez sobre la nacionalización de la industria petrolera. Le toca una clase de la Cátedra Bolivariana. Se acerca a la fotocopiadora de las Madres. Los profesores dejan sus apuntes para que quien los necesite los fotocopie y se lleve un juego.

La peor opinión es el silencio

En los pasillos, los altavoces del frente, las notas pegadas en las tuberías, en los desconchados, en las vitualas, como can-



Alejandro Beade, en la biblioteca de la Universidad Popular de las Madres.

tos de sirena: "La peor opinión es el silencio; la peor actitud, la indiferencia".

Con el sigilo crepuscular, solitario y nocturno de los yaguaretés, Alejandro se mete en el aula de Trabajo Social, en cuya pizarra destaca el título de una obra recomendada: *Si esto es un hombre*, de Primo Levi. Un póster gigante se sostiene a duras penas y con mucho esfuerzo: "La integración latinoamericana es nuestra bandera contra el imperialismo". Alejandro está de acuerdo con su contenido: "Yo nunca me refiero a Latinoamérica. Prefiero decir Suramérica, porque así los indígenas no se sienten excluidos".

Entra Oscar Natalichio (1945), el profesor, un hombre que abulta más con su presencia de porte sereno que con el hondón generoso de su panza, en la que caben empanadas de carne, mate cocido y pan horneado. Tan comedido, que sus frases se pueden hilar con ganchillo. Atiende, devuelve, abraza. Oscar es el secretario de extensión universitaria y asuntos estudiantiles. Imparte la Cátedra de Economía Política Social Científica y el seminario de Formación Política.

Oscar, el profesor, y Alejandro, el alumno, se sientan en sillas colocadas estratégicamente en aros concéntricos para animar el debate. La intervención de Oscar se aprueba con la mimosa reacción de una barbilla que balancea el sí: "Tratamos de formar, modestamente, nuevos tipos de educadores que estén comprometidos con el pueblo, no como declamación teórica, sino como una conducta práctica".

La clase de Oscar es una discusión trinitaria: una hora de teoría, una hora de preguntas y una hora de debate intelectual, con pausas que amenizan el batido de ideas. Oscar, como muchos de los otros 180 docentes, procede de las universidades al uso: "Aquí no cerramos las puertas a activistas que posean un bagaje y que puedan aportar cosas: trabajadores desocupados o de fábricas recuperadas, sindicalistas, asamblearios barriales...".

La Universidad Popular imparte tres carreras "de grado", de manera oficial, con títulos reconocidos en el sistema educativo argentino: Abogacía, Historia y Trabajo social. De los demás cursos, se expiden certificados de aprovechamiento, que pintan las propias Madres.

Cuando termina la clase, en el primer piso, Alejandro se acerca al despacho de dirección, presidido por otro retrato del Che: "In Che we trust". Busca el tablón de notas de la asignatura Corrientes de Pensamiento, y en la lista de los aprobados y los funesos "desaprobados", tan larga como una boa esmeralda, halla un cinco que le proporciona una alegría incommensurable. La rectora de la Universidad, Inés Vázquez, se encuentra en el bar, en una reunión de Asuntos Académicos. Alejandro baja las escaleras, empaquetadas con las fotos de los *desaparecidos*, fotos en blanco y negro que pinchan el corazón, como una inyección de gasolina.

En la planta baja, al fondo, a la izquierda, el auditorio, con un mural verde veronés sobre el que ha llovido mucho. "30 años de vida venciendo a la muerte". Alejandro se topa allí con un lituano "de viaje por el mundo" y un peruano con medio cuerpo tatuado y dos brazos como dos galpones de carga y descarga. Los dos asisten a una representación teatral cuanto menos, original: un duelo dialéctico entre Marx y Freud.

A las cuatro, Alejandro sale pitando. Pasa por delante de la ventana de conserjería, que atiende a los 1.700 inscritos.

Un panel de horarios de las clases y otro panel de mascarones, avisos y agitaciones: muestra fotográfica Atravi-

das Madres; recitales y psicodramas de la Semana Cortázar; el proyecto de construcción de viviendas sociales en los barrios depauperados de la capital (Villa 15, Los Piletones...); el seminario "Hablar de Dios con el grito de los excluidos", etcétera.

Sueño lúcido

Alejandro pasa por la librería de las Madres, poblada por Eduardo Galeano, Rodolfo Walsh y José Luis Cabezas, editados por las Madres. Pasa por el café literario Osvaldo Bayer y se aleja de los ladrillos del futuro tapados con la pancarta de bienvenida a la Universidad: "La revolución es un sueño compartido". Un sueño lúcido.

Se dirige a la Plaza de Mayo. Camina y cruza 11 cuadras, anchas como las landas francesas, sin salirse de la avenida 9 de Mayo.

Bajo un sol implacable, con un calor de resina, atraviesa el tráfico de los pitos. Alejandro llega tarde a la plaza en la que puntualmente las Madres, los jueves, se citan, caminando, andando, circulando. Dos pancartas portadas por las *Cabezas del dolor*, de Rodin, con pañuelos blancos. En 1986 las Madres se escindieron, por diferencias sobre su propia concepción como organización. Por un lado quedó Línea Fundadora, agrupadas bajo un tridente de turquesas: Memoria, Verdad, Justicia. Mirta Acuña de Baravalle (1925) fue una de las 14 madres originarias que, aquel jueves 30 de abril de 1977, tembló mientras los militares la apuntaban con sus pistolas automáticas Walter, frente a la Casa Rosada. Sostiene un ramillete de jazmines y el retrato de su hija Ana María. Relata su historia una vez más: "Irrumpió en mi casa, con armas largas, el Ejército. Llevaban máscaras y pasamontañas. Se llevaron a mi hija y a su esposo, Julio César Galizzi. Mi hija estaba embarazada de cinco meses. Nunca supe nada más de ellos". Mirta sólo se concede pausas para que a mí me dé tiempo de escribir. Impertérrita, desafiante, calmada: "Salí a buscar a mi hija. Al principio, ignoraba la magnitud de lo que pasaba en nuestro país: la barbarie que sembraba el terror... Todos los jueves de mi vida he seguido viniendo aquí".

Desaparecido es una palabra que habría que desterrar del diccionario, porque es una entrada sucia que se sigue escribiendo con la vicuña de las cursivas: "A mi hija la mataron por ser militante de la vida. Y busqué al hijo de mi hija en las casas de cuna, y sigo buscando...".

Unos metros por delante, la manifestación de octogenarios pañuelos blancos de Hebe de Bonafini, con la pancarta "Trabajemos por la reforma agraria": "Esta Universidad es la cosa más hermosa. Es el camino increíble para la revolución que soñaron nuestros hijos. A ellos les costó la vida, pero no les quitó los sueños. A nosotras no nos quitan las esperanzas, y no nos quitan a nosotras ser sus orgullosas madres".



Los alumnos, de todos los oficios, se interesan en secretaría por los horarios y la temática de las carreras que la Universidad imparte.